«ANTON CABALLERO», DE BENITO PEREZ GALDOS

POR

ANDRÉ NOUGUÉ

Esta comedia de Benito Pérez Galdós, poco conocida y casi nunca estudiada, se puede leer hoy en la refundición que hicieron de ella Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. En efecto, el ilustre escritor murió sin haber logrado llevarla a cabo y dejó entre montones de papeles varios esta obra de teatro, que, una vez corregida, mejorada y arreglada, se representó en Madrid el 16 de diciembre de 1921. A pesar de ser refundición, la comedia no deja de ser muy galdosiana.

La acción se verifica en Agramante, pueblo ya citado en *Mariucha;* estamos en casa de doña Malva y de don Pelayo, cacique del pueblo. La sobrina Eloísa, que vive con ellos, ha sido abandonada por su marido, Antón Caballero, a propósito del cual corren rumores varios. Regino, hijo de doña Malva y de don Pelayo, está enamorado de Eloísa. Si hubiera muerto Antón Caballero, los padres hubieran favorecido el casamiento de Regino con la sobrina viuda. Pero a pesar de todos sus tejemanejes, fracasa este proyecto a consecuencia del inesperado regreso de Antón Caballero, que logra enamorar a su esposa y sustraerla finalmente a las garras de doña Malva.

* * *

Bien sabido es que Galdós era muy aficionado al teatro. Si escribe dramas, comedias o tragicomedias, no es solamente por amor al arte, sino porque puede exponer públicamente ideas suyas, las cuales se encuentran muy a menudo en sus novelas, con las que no consigue igual impacto en el público. Aunque afirma, por ejemplo, en el prólogo de *Los condenados* (1894) que no es nada partidario de que «las figuras de una obra dramática sean personificaciones de ideas abstractas» y que reniega de tal sistema, que «deshumaniza los caracteres», no puede Galdós evitar que sus personajes vengan a ser algo simbólico. Hay cierta esquematización que lleva casi naturalmente, y a pesar del mismo dramaturgo, a un simbolismo implícito, aun cuando sus esfuerzos logran crear aquella «perfecta unión entre la vida real contenida

en la mente del público y la imaginaria que los actores exponen en la escena» (prólogo de *Los condenados*).

Resulta de lo dicho que los personajes de *Antón Caballero* encarnan una temática definida y cierta orientación teatral predilecta de Pérez Galdós.

El problema principal, el más acuciante, es en esta comedia el de la justicia y de la sociedad, que está planteado a través del protagonista, Antón Caballero. Según las palabras de doña Malva y don Pelayo, este personaje es un bandido, un forajido, un ser perjudicial para la sociedad, un robador y un asesino; la gente acomodada le tiene miedo a ese siniestro personaje, que vive, como lo dice doña Malva, «de la camorra, del atropello, de la desvergüenza y del desorden» (Acto segundo). Pero este misterioso y temido Antón Caballero no es un bandido de verdad, un desalmado, cruel y bárbaro, que roba por robar y mata por matar. En efecto, su bandolerismo es algo raro y sorprendente: «asaltaba cortijos para distribuir sus riquezas a su voluntad; ponía en libertad a los presos; quería abrir los claustros; expoliaba sin freno a todo el mundo» (Acto primero). ¿Será nuestro personaje algún nuevo Don Quijote, algún idealista extravagante? Hay que confesar que su modo de portarse va en contra de las leyes de la sociedad en que vive. Muy consciente de ello es Antón Caballero, que se rebela contra la organización social, contra la justicia o, mejor dicho, contra la injusticia. El círculo limitado de Agramante le da una muestra de lo mala que es la estructura de la sociedad: de una parte, los buenos, los ricos, los que mandan; de otra, los malos, los pobres, los infelices, los que tienen que obedecer. La visión maniqueísta del mundo, tan corriente en la Edad Media, parece que sigue vigente varios siglos más tarde. El que tiene conciencia clara de las injusticias de nuestra sociedad tiene que rebelarse contra ellas e intentar destruirlas o aminorarlas. Si tiene sus motivos personales doña Malva para pensar que Antón Caballero es un ser peligroso para la sociedad, no todos comparten su opinión, y hay quien —como Regino— piensa que «Antón Caballero no es más, en resumen, que un hombre rebelde a las injusticias establecidas» (Acto segundo). El hijo de la familia burguesa está psicológicamente muy próximo a quien expresa a voces su odio a la sociedad inicua y egoísta: «mi rabia, exclama Antón Caballero, me impulsaba a burlarme de una justicia que existe exclusivamente en beneficio de los poderosos y contra los pobres, a ultrajar unas autoridades inicuas...» (Acto segundo). La reforma de la sociedad parece que ha sido una preocupación constante de Pérez Galdós: la protesta vehemente pero noble, apasionada pero generosa, se encuentra en varias comedias suyas. El dramaturgo lucha animosamente por la honradez, el amor al

bien y el espíritu de justicia. Hacía falta tener mucha osadía para poner en boca de un personaje que vocease ante centenares de espectadores las siguientes palabras:

«... no conoce de cerca, como nosotros, la podredumbre política y administrativa... Pues yo les juro a ustedes que, si Dios no lo remedia, llegará un día en que cuando pase un hombre honrado por la calle se alquilen balcones para verle» *(Realidad,* I, 2).

Aunque están dichas con tono de burla, no deja de ser durísima la sátira social. Pero la violencia de la protesta no afloja con los años; antes bien, parece que se hace más desgarradora, como si el escritor sintiera más apremiante la urgente necesidad de hacer reformas, de cambiar algo, de renovar la sociedad y sus estructuras. Creo necesario sacar a colación unas cuantas frases escritas por Galdós en 1913 en la comedia *Celia en los infiernos:*

> ¡Oh, sociedad sin brújula ni gobierno! A esta plebe desvalida no llega la acción de los ricos, que viven allá arriba descuidados de todo lo que no sea su propio interés. Apenas llegan acá migajas de las caridades aparatosas que derraman sin ton ni son las clases pudientes (III, 8).

En la misma obra leemos también lo que sigue:

> Pienso constantemente en el equilibrio social, que hoy no existe y que debe existir para que tengamos justicia en la tierra. ¿Qué razón hay para que unos carezcan de medios de vida y otros los posean de un modo exorbitante? (I, 8).

La protesta de los personajes galdosianos contra la injusticia social no es mera invención de un dramaturgo, sino que refleja un estado real, una mancha vergonzosa que se ha de borrar. La generación de los escritores de fines del siglo XIX se da clara cuenta de la necesidad de reformas sociales y políticas.

En *Antón Caballero* pone Galdós la lanza en ristre contra una de las peores plagas de España: el caciquismo. En cada pueblo hay un cacique cuyo poder es total; protegido por el gobierno, hace cuanto se le antoja, y los mismos abusos que puede cometer quedan impunes. Con decir que un cacique «es señor de vidas y haciendas» *(Antón Caballero,* Acto segundo) ya está dicho todo. Pruebas de su omnipotencia da Galdós en esta comedia: los tiranuelos del pueblo, doña Malva y don Pelayo, despojaron a los padres de Antón Caballero, pagaron a unos adictos suyos para asesinarle y, ¡colmo del abuso!, intervinieron con tanta eficacia para elevar un pastor de puercos «a persona docente, a caballero, a diputado provincial» *(Antón Caballero,* Acto segundo). ¡El caciquismo se ridiculiza a sí mismo! Se recompensa al buen agente

electoral que «resucita a los muertos en las elecciones para que voten» (*Antón Caballero,* Acto primero) según el gusto del cacique. Pérez Galdós había atacado al caciquismo, freno contra la evolución natural de la sociedad, obstáculo para los enemigos del gobierno, causa del estancamiento de España, en sus novelas como en su teatro, y basta recordar *Doña Perfecta,* modelo cumplido de cacica de pueblo, todopoderosa, hostil a las ideas nuevas y enemiga feroz de todo el que no agache la cabeza o no cumpla su voluntad.

* * *

La protesta y la rebelión contra la injusticia acarrean el problema de la libertad y de la voluntad. En el ambiente tan agobiante de Agramante, en una sociedad tan hipocritona, austera y recluida, el hombre no tiene más remedio que someterse al poder de una ciega tradición, aguantar lo inaguantable, o levantar la cabeza e intentar su defensa propia. La primera solución, más cómoda, conviene a los seres sin carácter ni personalidad. La segunda, más difícil, exige ánimo, voluntad, espíritu de lucha y clara conciencia de defender algo tan precioso como la vida, o sea la propia libertad. Quien no tiene fuerza suficiente para resistir los asaltos feroces de la vida, quien no sustenta en el fondo de su alma la pequeña chispita de la posible victoria, tiene que tropezar y caer, sin intentar defenderse; a este punto de desaliento o de desesperación llega Regino, que considera que es un ser inútil y no debe vivir. Hasta piensa fríamente en el sucidio. Pero le mantiene ligado a la vida el pequeño pero afortunadamente sólido lazo del amor a sus padres. Le dice a su madre, doña Malva:

> Si este espejo que soy no se me rompe, es por no romper la imagen querida de los que en él se están mirando. A no estar vuestra imagen en mí, yo me rompería (Acto segundo).

No de otra forma podía reaccionar este joven, a quien le faltaba temperamento de luchador.

De distinta manera se porta Antón Caballero, alentado por una fuerza vital, movido por el impulso espontáneo del que no quiere perecer ahogado en el círculo estrecho y rígido de Agramante. No puede soportar la tiranía de unos cuantos sobre su personalidad. Su lucha por la justicia corre pareja con su defensa de la libertad. Hay que respetar a la persona humana. Aparecen en filigrana a ratos ideas igualitarias que reflejan en cierto modo algunas teorías avanzadas que se habían difundido en Francia en la segunda mitad del siglo XIX. No extrañaríamos si hubiésemos encontrado en la sátira galdosiana de la

sociedad española alguna que otra frase de tipo proudhoniano como la muy conocida: «La propiedad es un robo.» Lo mismo como se roban los bienes materiales, lo mismo se roban las conciencias y, por vía de consecuencia, la libertad personal. Este es uno de los conceptos centrales por los que luchó Galdós en su obra literaria. No se trata sólo de la libertad de uno, sino de la de todos; Antón Caballero es encarnación de los oprimidos. Casi podría decir como Valerio en *La fiera:*

> He consagrado mi vida a las ideas de libertad y emancipación del pueblo... Vivo para exterminar a mis contrarios y limpiar la tierra de toda tiranía... Contra el despotismo todo es lícito, crueldad, alevosía, engaño... (III, 5).

Sin embargo, la conquista o la reconquista de la libertad podría suponer cierto ambiente pesimista. Galdós en *Antón Caballero* no pinta esta lucha con colores demasiado oscuros. La tentativa fallada de asesinato —último coletazo de la sociedad, vencida por el animoso paladín de la libertad— no dramatiza mucho la acción, porque, en resumidas cuentas, es la prueba de que ha de triunfar Antón Caballero de doña Malva. Con la inevitable transposición en este conflicto de personas, se oponían por una parte el ideal, la generosidad, el espíritu, y por otra, la injusticia, el caciquismo, la materia.

* * *

Esta comedia plantea también el problema de la religión, que, según algunos protagonistas, es indispensable en la sociedad. Uno de ellos (don Hilario) dice que «la religión es necesaria, es santa, es hasta obligatoria»; igual opina don Pelayo: «la consideramos como una fuerza social, como el aglutinante», y doña Malva afirma con la vehemencia propia de su carácter mandón y enérgico: «la religión es indispensable; es un lazo social, una fuerza sin la cual no es fácil gobernar a estos pueblos bárbaros, a estas muchedumbres groseras» (*Antón Caballero,* Acto primero). Así, se considera la religión como elemento de gobierno, para sujetar y dominar al pueblo; concepto muy particular de cierta categoría social, que ve en el temor a Dios un freno eficaz contra la posible emancipación popular; al fin y al cabo, concepto, digámoslo así, muy «caciquista». Pero si algunos piensan que de este modo se puede quitar la libertad al hombre, los hay que, muy al contrario, alcanzan y consiguen esta misma libertad merced a la religión. Precisamente desarrolla Galdós este problema en *Antón Caballero.*

Eloísa, la mujer de Antón Caballero, que está, como dice un personaje, en la situación más rara del mundo, «ni soltera, ni casada, ni viuda» (Acto primero), vive casi secuestrada en casa de sus tíos. Como es joven y aguanta a duras penas la sujeción de su tiránica tía, inventa la ficción del misticismo, la «comedia religiosa», como le dice su confidenta Verónica. Para librarse de doña Malva, no tenía más remedio que fingirse beata. Tan acertadamente representó Eloísa el papel de beatería, que todos la creyeron verdadera, y así logró librarse, como dice Antón Caballero, «de todo linaje de moscas» (Acto tercero). Se inspira el escritor en el tema de *Marta la piadosa,* que se acoge a la devoción para conseguir libertad e independencia y zafarse de las presiones morales o materiales de su familia. La ficción religiosa ha sido la treta salvadora de su persona:

> ... me vi prisionera en esta casa, que es una caverna, y cercada por el egoísmo de todos, hube de buscar en una ficción la libertad dentro de la cárcel... y me abracé a la ficción religiosa (Acto segundo).

Pero si con este procedimiento gana Eloísa su libertad y su independencia, no puede menos de sufrir las consecuencias interiores del papel que se obligaba a representar. En efecto, poquito a poco la ficción religiosa se sustituye por una profunda e íntima realidad religiosa. Se depuran sus sentimientos; esta mujer mira a la vida de otra manera, se supera a sí misma en su dedicación total a Dios y a la caridad. Lo que había empezado como juego redunda en beneficio de un alma. Claro que se puede acusar a Eloísa de hipocresía; pero ¿qué importa? si se le abrieron los ojos, si se acostumbró a ver la vida tal como es y si, en resumidas cuentas, el falso misticismo la llevó a la religión auténtica, depurada y generosa, tan distinta a la que, infecunda y esterilizadora, preconizaba doña Malva y los de su categoría, para los cuales la religión se reduce a instrumento de política gubernamental.

* * *

El amor es otro elemento fundamental en la temática galdosiana de *Antón Caballero.* No nos pinta el dramaturgo el nacimiento y los progresos del amor entre un hombre y una mujer. Estamos mucho más allá de esta etapa, ya que se trata del amor frustrado de una esposa abandonada por su marido. ¿Cuál va a ser el comportamiento de Eloísa, mujer joven de veintidós años, sin mucha experiencia de la vida? Ni puede divorciarse (ya que es católica) ni puede casarse otra vez (no se sabe si su marido vive o si murió). No hay que extrañarse de

que la esposa abandonada y despreciada procure olvidarle, a lo menos aparentemente. Su ofendida dignidad personal la obliga a pagar el desprecio con el desprecio. Pero en su fuero interno la mujer sigue amando a su marido. La llama de su amor arde secretamente. Y si no ardiera aún, no estaría Eloísa dispuesta a perdonar al culpable. Llevada por un arranque de espontaneidad y por una ternura casi materna, ya encuentra Eloísa justificación de la actitud de Antón Caballero: la culpa no la tiene él, sino ellos, sus enemigos, sus perseguidores, cuyas infamias «lo llevaron a la propia infamia» (Acto segundo). El perdón de las ofensas es la más noble superación del hombre sobre sí mismo. La actitud de esta mujer es compleja. Si por una parte parece perdonar a su esposo, por otra parte hace como si lo hubiera olvidado totalmente, como si fuera un hombre cualquiera, con el cual no hubiera tenido nunca lazos conyugales. La caridad, a la cual se acoge, parece ser más bien un motivo para mentirse a sí misma. Después de la tentativa de asesinato contra Antón Caballero, dice Eloísa hablando del herido: «... ni es mi esposo ni lo conozco...; es el prójimo; es un herido que entra en mi hospital» (Acto segundo). Bien se puede pensar que esta mujer confunde involuntariamente al «prójimo» con su esposo, o sea con su Antón Caballero, a quien así puede cuidar con cariño y pasión. En el fondo de su alma se está operando una feliz —y seguramente anhelada— transmutación. Se superponen las dos imágenes. No le cuesta ningún trabajo a Antón Caballero explicar y excusar su conducta. A pesar de su reserva, Eloísa se deja convencer con facilidad ante el derroche de palabras de amor y de ternura. Promete Antón quedarse siempre con su esposa. ¿Por qué ella le rechazaría? ¿Por qué no le perdonaría? Galdós nos presenta aquí el cuadro de la salvación por el amor. La mujer tiene que ennoblecer moralmente al hombre con quien está vinculada. Antón Caballero admira a su mujer, a quien siempre amó, a pesar de la vida de bandolero que llevó durante su larga ausencia. Eloísa está hechizada por el temperamento muy varonil de su marido. Claro que Antón se ha portado mal con la sociedad, que cumplió acciones reprensibles; pero no deja de ser siempre el hombre con el cual Eloísa se casó. Al fin y al cabo hay admiración mutua. El vitalismo avasallador del hombre impresiona a la flaqueza natural de la mujer. Antón Caballero toma figura de hijo pródigo que vuelve después de una fuga; se transforma en un héroe que regresa a su tierra con la aureola del vencedor. Sólo con su presencia se desvanecen las acusaciones y las culpas acumuladas a lo largo de días y de meses. La reacción no podía ser más humana ni más natural: el perdón del culpable, el olvido de las ofensas, el amor y la felicidad de un matrimonio. Esta conclusión, hay que confesarlo,

no podía ser más conforme con las leyes tradicionales de cierta clase de teatro en que todo ha de acabar bien.

* * *

Notable es la influencia del romanticismo en esta comedia.

El protagonista, Antón Caballero, aparece como un héroe misterioso y atractivo, revoltoso y atropellador, que se empeña en luchar contra la sociedad y en defender a los pobres contra los ricos. Es figura por antomasia del rebelde, tipo sumamente romántico. Se puede pensar, por ejemplo en *El pirata,* de Espronceda.

Regino tiene, a su modo, ciertos rasgos de los personajes románticos; perdido en sus ensueños y en sus pensamientos, el alma de este joven está invadida por indefinida tristeza general que le agobia y casi le desmoraliza, hasta tal punto que piensa en el suicidio, solución anticatólica, pero conforme con el modo de ser del hombre desconcertado por la vida.

En el acto tercero domina particularmente el romanticismo. La misma acotación escénica de gran interés a este respecto: la escena se desarrolla de noche; por el gran balcón abierto se ve el claro de la luna. En esta habitación se va a verificar el encuentro capital para los dos esposos, Antón Caballero y Eloísa. Mientras está esperando la llegada de su mujer, que le ha prometido visitarle «cuando todos duerman», Antón medita al balcón, contemplando en la oscuridad la ciudad de Agramante, envuelta «entre las sombras de su inmoralidad y de sus crímenes». Mientras se está remembrando el tiempo pasado, aparece, por fin, su mujer; no puede ser más romántica la acotación, que dice así: «... llega poco después, silenciosa, Eloísa, como visión nocturna».

La escena es de amor, apasionada, vehemente, llena de extraordinaria intensidad emocional. Las declaraciones amorosas brotan a cual mejor y desbordan de lirismo. La elocuencia persuasiva de Antón Caballero no puede ser mayor; parece que está desvariando, se cierne muy arriba su imaginación en unos arrebatos románticos. Creo conveniente dar un extracto de su discurso:

> ...Sólo que yo no quería ya ni tierras, ni casas, ni ganados, ni dinero ninguno, ni otra cosa que una mujer: ¡la mía!... Pero tampoco había de venir a ella a implorar su perdón de manera vulgar y prosaica; yo deseaba algo más gallardo, más romántico, más genuinamente español... Yo quería robarte, Eloisa; robarte si estabas aquí; si eras monja, en el propio convento; robarte siempre... Escalar de noche tu aposento; sorprenderte despierta o dormida, rezando tal vez por el bandolero;

> cogerte en mis brazos; taparte la boca si gritabas; llegar adonde esperaba mi escudero con mi caballo y con el suyo; montar en el mío, ponerte en el arzón y escapar a galope tendido, como alma que llevan los demonios, a través de los campos... (acto tercero).

Proyecto de rapto de la mujer amada, amor redentor, huida a toda prisa a caballo, en plena noche; profanación, si fuera necesario, de un convento, lirismo y más lirismo; aquí hallamos reunidos todos los procedimientos empleados por el duque de Rivas, Espronceda, Zorrilla.

* * *

Esta comedia, con ambiente y personajes románticos, encaja bien en la temática teatral galdosiana. Sabe el autor que desde el escenario se puede dirigir con más comodidad y eficacia que en una novela, a la muchedumbre para convertirla a sus teorías sociales, religiosas y humanitarias. Por eso expone con ánimo y convicción sus ideas sobre el estado de la justicia en España, sobre los daños del caciquismo, sobre la libertad humana y la religión. Esta comedia plantea, en definitiva, el problema de la necesaria transformación de la sociedad española. El país vive demasiado estancado; hay que renovarlo, hay que cambiar algo. *Antón Caballero* es una comedia de tema político y de preocupaciones sociales.

André Nougué
Université de Toulouse. Le Mirail
France